

*Para el hombre el tiempo no puede desaparecer sin dejar huella,
ya que para él no es sino una categoría subjetiva, interior.
El tiempo que hemos vivido queda fijado en nuestras almas
como una experiencia forjada en el tiempo.*

(Sobre el carácter modificable del tiempo en sentido ético)

Tarkovski en Esculpir el tiempo

Para esta presentación pensé en hablar de dos cuestiones: los sueños y la traducción. Por alguna razón, que no tiene mucho de azar, ya que en Trilce venimos trabajando estos dos temas desde diferentes aristas y perspectivas, insistían en mí la idea de producir un escrito que articulara, al menos, estas dos temáticas. Digo al menos estas dos, ya que la noción de temporalidad también se podría recortar como otro eje. En cierta forma, la escritura se me figuró como un proceso hecho de paperoles, esa especie de parches y de notas que algunos insertan en sus manuscritos; como un mosaico, como una manera de abrir otras vías de pensamiento, de hacer brotar de entre las oraciones ya escritas, las entrelíneas de una lectura potencial. Pero bueno, como yo no escribí a mano, sino en computadora mi paperoles fueron el control de cambios de Word.

Así fue como me encontré con una Conferencia que Jorge Luis Borges pronunció en la EFBA en 1980 donde habla de las pesadillas.

En esa conferencia dice que los sueños son el género y la pesadilla la especie. Cuenta que él tenía dos pesadillas recurrentes: soñaba con laberintos y con espejos y, agrega, que en definitiva ambas podrían ser una sola, ya que bastan dos espejos para armar un laberinto.

Se remonta a la etimología de la palabra pesadilla: en griego se dice *efialtes*: que es el demonio que inspira la pesadilla; en latín se dice *incubus*, que también es el demonio que oprime al soñante; en alemán el prefijo de pesadilla es *Alp*, que sería Elfo, la misma idea de demonio. En este caso, nos dice, la interpretación teológica coincidiría con la etimología, ya que todas las traducciones sugieren algo sobrenatural. Luego se pregunta, siguiendo con la etimología, si entonces las pesadillas serían sobrenaturales, si son realmente las grietas del infierno.

Ahora bien, en lo que a nosotros nos concierne ¿ qué hacemos cuándo un analizante nos cuenta un sueño? ¿Lo remitimos a la etimología de alguna palabra? A veces, depende, solo si ubicamos que eso articula con su historia.

Freud sostenía que el contenido manifiesto del sueño se nos presenta como una pictografía que solo puede descifrarse remitiendo cada parte al contenido latente correspondiente, esto es, reemplazando cada figura por una palabra o una sílaba. Una pictografía que, en análisis, se puede leer como un rebús, como un jeroglífico. Lacan avanza sobre esta idea y agrega que no solo se trata de palabras, de significantes; sino que también, en el sueño, cuando es en transferencia, se produce una escritura.

Es mediante la transferencia que del habla del analizante se produce un decir, un decir que son los significantes de la lengua de quien nos habla.

La traducción es una operación que Freud ubica en el pasaje de una instancia a otra del aparato psíquico, para eso se necesitan dos textos: uno de origen y el traducido. Sin embargo, entre ambos no hay equivalencia, no hay transcripción, en la traducción siempre hay algo que se pierde y algo que se reinventa. La traducción es una nueva versión, es una lectura.

Podríamos pensar que justamente porque no hay relación sexual entre los dos textos, la traducción es una tarea imposible, que esta orientada por lo real definido por la inexistencia, y que es por esa misma razón, que no hay nada más propicio que una práctica imposible para que surja algo nuevo, ya que es necesario reinventarla cada vez. Diremos que con las intervenciones del analista, el analizante produce un escrito (es decir, hay una lectura) de lo que el inconsciente traduce.

Marcelo Cohen, traductor y escritor argentino, dice que la traducción más que una hermenéutica es una ejecución. Acerca de este modo la traducción a la música, aunque con sus diferencias. Dice que la música es simultánea, que hay contrapunto, acordes, por lo tanto armonía y disonancia, aparte de timbre, altura y duración. La prosa, por el contrario, es irremediamente sucesiva. Y agrega *“por mucho que el lector pueda guardar mentalmente una serie de voces diferentes que al cabo debería resultar en polifonía; no puede sumar el sobreagudo en una línea melódica al bajo o el silencio de otra”*. Me resultó interesante la idea de acercar la traducción a la ejecución, como quien ejecuta o toca un instrumento. En inglés tocar un instrumentos se dice *play* que es el mismo verbo que jugar. Jugar con la equivocidad del significante, orientarse por el imposible de mantener la simultaneidad en el pentagrama de la lengua hasta aislar los significantes

amo de cada quien, abstenerse de las etimologías universales, de las traducciones únicas y de las versiones establecidas.

Borges decía lo mismo que Cohen, pero sobre las imágenes y de un modo poético: en el Aleph dice “Lo que vieron mis ojos fue simultaneo: lo que transcribiré, sucesivo, porque el lenguaje lo es”.

Quizás una de las maneras de decir la tarea imposible de analizar, sea mantener la simultaneidad, como si el analista cuando interviene se adentrara en un camino minado que es la lengua de cada sujeto a la espera de que algún significante explote. Seguramente, algunos efectos no surjan a corto plazo, dependerá de qué se significantes se pongan a trabajar en la transferencia en cada momento de un análisis. Como cuando un analizante, después de un intervención de hace tiempo nos dice “ ahora pienso de otra manera eso que me habías dicho”.

Atravesar ese campo minado de una buena manera está muy lejos de lo que el contexto actual hoy nos incita: más bien se nos propone transitar por territorios llanos, lo más parecidos posible uno del otro, tapizarlos con frases de autoayuda y falsas soluciones prefabricadas para mantener alejados a los demonios. Nos invitan a arrancar la maleza de los síntomas, y se olvidan de que tienen una raíz, se olvidan que la cartografía de ese terreno es lo más singular de cada quien. Nos exigen deambular normalizados, armoniosos, intolerantes al sufrimiento; pero resulta que así la vida es cada vez más triste e insípida. Sin embargo, el mercado no descansa y nos ofrece un objeto medida universal para anestesiar cada dolor haciéndonos creer que es para nosotros.

Homogeneizar el terreno sería borrar nuestra historia, sería mutilar la huella digital; por suerte el psicoanalista aún se anima y se mete en el barro, intenta encender alguna luz y desplegar ese territorio como un mapa para trazar, con el analizante, un cartografiado posible en lo imposible de curar.

Gisela P. Sayago

Coloquio Trilce Buenos Aires 2021